

huidos como meros delincuentes hasta su captura o muerte, en algunos casos ya en los años sesenta y setenta. Por el contrario, en Europa occidental, estas fuerzas de resistencia fueron creciendo a medida que avanzó la contienda jugando un papel fundamental en la liberación de determinados territorios, como la ciudad de París, e integrándose en los nuevos Estados de la post-guerra, de modo que prácticamente desaparecen estos grupos exceptuando algunos casos de maquis y partisanos que continuarán la resistencia en la España franquista hasta bien entrada la década de los cincuenta.

El movimiento de la resistencia en Europa tuvo una importancia decisiva en determinados escenarios de la contienda si bien nunca resultado determinante para definir el resultado del conflicto (únicamente, y sólo en parte, podría exceptuarse el caso de los milicianos yugoslavos de Tito). Sin embargo, la imagen que de está se transmitió a las generaciones posteriores resultado altamente importante para comprender el devenir de muchos de estos Estados posteriormente. Así, de la imagen romántica del partisano que lucha por su patria y que entronca directamente con los guerrilleros de las guerras napoleónicas se pasa a la imagen del héroe con un fuerte carácter político e ideológico que participa en la construcción de las nuevas estructuras nacionales; basta señalar en este sentido el papel simbólico de las resistencias en territorios como Francia, Yugoslavia, Polonia o la propia Rusia frente al invasor alemán.

El principal aporte de esta obra estriba en su capacidad de ofrecer una imagen general y a la vez pormenorizada no sólo de estos movimientos de resistencia en sí mismos, sino de su significación en los imaginarios nacionales de estos países; siendo, a mi entender, pionera entre las obras en lengua española que se encargan de este apartado. Asimismo, resulta bastante novedoso el paralelismo que desarrolla entre las ocupaciones nazi y soviética en aquellos territorios donde se superpusieron desarrollando un tipo de resistencia especial y significativa que mantuvo determinadas regiones en un fuerte conflicto armado durante más de una década. Resulta, en cualquier caso, una obra de obligada lectura no sólo para el interesado en la II Guerra Mundial, sino muy especialmente para comprender la construcción de la Europa de post-guerra y la propia construcción europea a partir de la década de los cincuenta.

Hernández Sánchez, Alfredo, *Las claves de la Transición. Del Franquismo a la democracia en Castilla y León*. Ávila, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo, 2009, 123 pp.

Por Rodrigo González Martín
(Universidad de Valladolid)

Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la Universidad de Deusto, el zamorano Alfredo Hernández Sánchez es actualmente catedrático de Sociología en la Facultad de Económicas de la Universidad de Valladolid. Es autor de un importante número de publicaciones en las que se abordan tanto cuestiones teórico-metodológicas como investigaciones sociales concretas, conviviendo dentro de su producción textos de carácter esencialmente científico y académico con otros más enfocados a la divulgación o incluso a fines pedagógicos. Un lugar muy importante de su obra lo ocupan sin duda los diferentes estudios y análisis de la estructura social, demográfica y económica de Castilla y León durante los siglos XX y XXI que el sociólogo ha venido publicando desde que iniciara su carrera investigadora hace tres décadas. Dentro de este marco espacio-temporal, Hernández Sánchez ha estudiado por ejemplo la población y la ordenación del territorio, la estructura social, la inmigración, las elecciones políticas, el deficitario proceso de modernización e industrialización castellano o el desenvolvimiento de Castilla y León como Comunidad Autónoma.

En *Las claves de la Transición. Del franquismo a la democracia en Castilla y León*, el profesor Hernández trata al mismo tiempo de explicar el comportamiento político de los castellanoleoneses durante la Transición a la democracia y de reivindicar la importancia crucial de sus votos en un período histórico que considera finalizado con las elecciones generales y municipales de 1979. A lo largo de algo más de cien páginas nos presenta una Castilla empobrecida y conservadora, que durante la Transición votará de forma distinta al resto de España como consecuencia fundamentalmente de su elevado porcentaje de población rural y del consiguiente peso del imaginario ruralista. Esta Castilla resignada, profundamente católica y en general afín a los valores que había representado el Franquismo, se erige en granero de votos de la UCD en las elecciones de 1977 y de 1979, facilitando así de forma notable la acción del gobierno de Suárez. De forma paralela, el

provincialismo y la ausencia de una identidad regional fuerte en la cuenca del Duero dificultarían enormemente el proceso autonómico castellanoleonés.

El libro de Hernández Sánchez, presentado en forma ensayística y con clara vocación divulgativa -lo cual no significa que renuncie al rigor académico-, se divide internamente en siete capítulos (precedidos de la correspondiente introducción) que a grandes rasgos podríamos agrupar en dos partes. En la primera el autor intenta determinar cuáles eran las características fundamentales de Castilla y León a nivel económico, social, demográfico, ideológico, etc. a la altura de 1975 para, en la segunda, que se corresponde con los dos últimos capítulos del libro, plasmar el modo en que las características anteriores influyeron en el devenir de la región durante la Transición.

Es conveniente en cualquier caso que nos detengamos brevemente en cada uno de los capítulos de la obra. El primero, titulado “Los valores sociales del capitalismo y la transición política”, se presenta como una interpretación general, muy esquemática, de los motivos que posibilitaron el giro democrático en España. Para Hernández fue el cambio social y cultural acaecido en España en los años sesenta y principios de los setenta lo que permitió en última instancia la democratización del país tras la muerte de Franco. Dicho cambio, a su vez, habría sido consecuencia directa del importante crecimiento económico que tuvo lugar en esos años gracias a la liberalización de la economía y al nuevo modelo desarrollista puesto en marcha por los tecnócratas del Opus Dei.

El segundo capítulo, “La estructura económica en Castilla y León en el Franquismo”, aborda lo ocurrido en este ámbito territorial durante el período desarrollista. Contrastando con la modernización, la industrialización y el crecimiento que conocieron otras regiones españolas, Hernández nos presenta una Castilla atrasada, con una economía fundamentalmente agraria (el peso del sector agrícola era muy superior a la media española) y una mentalidad proteccionista y conservadora, donde las notas características eran el paro encubierto y la emigración -excepción hecha de zonas concretas como las ciudades de Burgos y Valladolid, donde la industrialización sí se dejó notar-. Así las cosas, durante la última etapa del Franquismo la brecha que separaba Castilla de otras regiones como Cataluña o el País Vasco se

agrandó, en parte por culpa de la propia mentalidad castellana, poco tecnocrática y emprendedora, pero sobre todo debido al trato discriminatorio que el Régimen dispensó a la región. En estrecha relación con esto, los avances socioculturales que se dieron en este período fueron también menos profundos en Castilla que en otras regiones españolas.

El tercer capítulo es clave, ya que la tesis fundamental de la obra pivota sobre él. Bajo el epígrafe “El ruralismo en Castilla y León” el autor trata de fijar los valores sociales del ruralismo castellanoleonés durante el último Franquismo, postulando que este ruralismo es un factor estructural que explica el comportamiento político, social y económico de los castellanoleoneses hasta los años ochenta del siglo pasado. Según Hernández el imaginario rural castellanoleonés se caracterizaba por el inmovilismo y el conservadurismo, materializados en la defensa de la tradición y el mantenimiento del estatus y los roles sociales asignados. La influencia de este imaginario en la particular evolución histórico-política de Castilla y León se explicaría por el hecho de ser ésta una región con más población rural que urbana, de una parte, y con un porcentaje de población rural muy superior a la media española, de otra.

El cuarto capítulo se ocupa de “Las actitudes de los castellanos y leoneses en el tardofranquismo”. Una serie de encuestas realizadas en 1975 reflejan que la preocupación por la política de castellanos y leoneses estaba por debajo de la media nacional, que eran menos tolerantes, menos entusiastas de la libertad de expresión y en general menos afines a la democracia que los habitantes de otras regiones españolas. El autor considera que dichos datos pueden explicarse por el ya citado peso del ruralismo en este territorio, que se diferenciaba también de otros por tener una población más envejecida. El factor religioso merece para Hernández una atención especial: a la altura de 1975 Castilla y León se distinguía de otras regiones españolas por su mayor fervor e intolerancia religiosos, lo cual explicaría en parte tanto sus menores inquietudes democráticas -la secularización, la tolerancia religiosa y la democratización están estrechamente relacionadas entre sí- como el sentido del voto castellanoleonés en la Transición -en este contexto la opción política estuvo muy ligada a la religiosidad-.

El quinto capítulo, titulado “La memoria histórica”, pretende servir al lector de referente para entender el arraigo de determinados comportamientos político-sociales en lo que hoy es Castilla y León. A tal efecto se estudian los resultados electorales de los comicios de 1933 y 1936 para concluir que en los años treinta del siglo pasado esta región se caracterizaba por el ruralismo, el inframunicipalismo, la facilidad para la actuación caciquil y el conservadurismo, lo cual determinó una tendencia mayoritaria hacia la derecha sociopolítica durante toda la etapa de la Segunda República.

Partiendo de todo lo expuesto anteriormente, el sexto capítulo, “Los procesos electorales en Castilla y León durante la Transición”, se centra en el análisis de los resultados electorales de 1977 y 1979 en el marco geográfico referido. El ruralismo vuelve a ser la variable explicativa fundamental a la hora de interpretar por qué la UCD alcanzó en esta región, en ambos comicios, resultados notablemente mejores que en el conjunto del Estado español. Castilla y León era en estos momentos la única región española con más electores rurales que urbanos y su opinión pública se seguía caracterizando por ser moderada, conservadora y progubernamental. La tesis de Hernández es que el sentido del voto en un municipio determinado estuvo relacionado de forma estrecha con el tamaño de dicho municipio, aumentando el voto a opciones políticas de derechas en los núcleos de población más pequeños. A diferencia de otras regiones españolas, en Castilla y León las elecciones se habrían decidido en los municipios de menos de 2000 habitantes. Como además la ley electoral de la Transición beneficiaba a las provincias menos pobladas -entre ellas las castellanoleonesas-, generalmente más atrasadas y conservadoras, la UCD obtuvo un rédito político enorme de este territorio.

Los resultados de las elecciones municipales de 1979 -que marcan para Hernández el final de la Transición- en Castilla y León también se explicarían atendiendo fundamentalmente al ruralismo. La ley electoral concedía en este caso una sobrerrepresentación en número de concejales por habitante a los núcleos rurales, lo cual perjudicó de forma notable a una izquierda esencialmente urbana. Como los diputados provinciales se elegían en función del número de concejales, la UCD salió netamente beneficiada y quedaron en sus manos las nueve diputaciones provinciales, que serían cruciales en el subsiguiente proceso autonómico.

“La construcción fallida de la identidad colectiva en Castilla y León” es el título del séptimo y último capítulo de la obra, en el que se estudian la débil conciencia regional castellana y su influencia en la problemática construcción de la Comunidad Autónoma de Castilla y León. Durante la Transición la opinión pública castellana era mayoritariamente españolista. Existían sentimientos de pertenencia provincial, pero no un sentimiento regionalista fuerte, interiorizado y articulado de forma seria a nivel ideológico y/o político. Ciertamente es que al morir Franco surgieron en Castilla dos grupos regionalistas de cierto peso (la Alianza Regional, de derechas, y el Instituto Regional, apoyado desde la Izquierda), pero la fuerte politización de ambos hizo que decayeran rápidamente una vez se legalizaron los partidos políticos. Así las cosas, la dirección del proceso descentralizador en Castilla iba a recaer fundamentalmente en los dos partidos que obtuvieron más parlamentarios en la región en las elecciones de 1977: UCD y PSOE.

Ambas formaciones asumieron un discurso regionalista basado en la denuncia de los agravios económicos sufridos históricamente por la región -especialmente durante el Franquismo-, justificando la pertinencia del régimen autonómico en términos economicistas, como un medio para generar riqueza. Este discurso no conectaba con la idiosincrasia castellana y en consecuencia no ayudó a crear la conciencia regional que faltaba. Castilla se confirmó como la menos autonomista de las regiones españolas y el proceso autonómico se convirtió en un asunto circunscrito a una élite política que además no era capaz de manejar convenientemente las fuertes tendencias provincialistas existentes en este territorio. Tampoco el gobierno central supo plantear alternativas sólidas: el propio Suárez contemplaba el proceso autonómico castellano desde un punto de vista utilitarista y llegó a valorar la posibilidad de unir Ávila y Segovia a Madrid para favorecer así su desarrollo.

Las claves de la Transición es una obra interesante, políticamente incorrecta -lo cual es siempre de agradecer- y de innegable utilidad para comprender de forma global y completa la Transición en Castilla y León. Se trata además de un libro que no rehúye sus implicaciones presentes y señala abiertamente los orígenes de algunos de los problemas que aquejan todavía hoy a esta Comunidad Autónoma. Esto no es óbice, sin embargo, para reconocer en el ensayo

de Hernández Sánchez algunos aspectos criticables.

A nuestro entender en este libro el autor acaba concluyendo más cosas de las que prueba. Muchas de sus tesis se apoyan de forma prácticamente exclusiva en un número reducido de encuestas -sin tener en cuenta cuestiones básicas a la hora de explicar por ejemplo unos resultados electorales, como puedan ser las características concretas de una campaña electoral en una región determinada- a las que se otorga una fiabilidad poco menos que absoluta y cuyas particulares condiciones de realización no son valoradas. En otro orden de cosas, y siempre desde un punto de vista histórico, salta a los ojos que el autor cae en generalizaciones y simplificaciones excesivas que necesitan ser matizadas.

Podrá entenderse, bien es cierto, que la labor del sociólogo es precisamente buscar regularidades y hacer generalizaciones a partir de datos particulares aportados, sin ir más lejos, por la Historia. Pero para ello será necesario en primer lugar ahondar en tales particularidades, y en este punto la bibliografía utilizada por Hernández Sánchez se revela exigua e insuficientemente actualizada, pasando por alto la revisión historiográfica a que se viene sometiendo la imagen de la Castilla atrasada, conservadora e inmovilista en los últimos años.

En nuestra opinión no es posible estudiar el pasado de forma científica, en un sentido estricto del término. El que nos aproximemos a este pasado con una metodología sociológica o lo hagamos con una metodología histórica no cambia sustancialmente esta valoración. En este sentido, una cosa es apuntar -pongamos por caso- que el tamaño de los municipios influye en el sentido del voto de los castellanoleoneses y otra bien distinta afirmar que *“ésta es la diferencialidad demostrada científicamente de Castilla y León en la transición del franquismo a la democracia”*. Por otra parte, en algunas partes del libro -pensamos especialmente en el capítulo que lleva por título “La memoria histórica”- se aprecia un mal que ya recriminara a los sociólogos la historiadora estadounidense Barbara Tuchman: el uso innecesario de la estadística para llegar a conclusiones obvias para un historiador razonablemente receptivo. En la misma línea nos parece que el anexo que el autor incluye en el penúltimo capítulo, con datos acerca del número de habitantes, municipios, concejales y diputados provinciales por partido

judicial en cada una de las nueve provincias de Castilla y León en las elecciones municipales de 1979, es prescindible además de extremadamente largo para un ensayo de estas características.

Apenas cabría hacer un apunte más. Sabemos que la cuestión de la fecha final de la Transición es objeto de controversia académica. Algunos intelectuales sitúan el final del proceso en 1978, otros lo alargan hasta 1982 o incluso hasta 1985, etc. Tampoco faltan quienes como Hernández prefieren la fecha de 1979. Por supuesto cada elección responde a una serie de razones más o menos sólidas y no vamos a entrar aquí a valorar cuál nos parece más adecuada y por qué. Sí nos gustaría hacer notar, sin embargo, que en este libro se aborda el proceso autonómico castellanoleonés, que no puede considerarse terminado hasta la aprobación del Estatuto de Autonomía en 1983. Además, la fijación del punto final de la Transición en 1979 nos deja con las ganas de ver cómo encaja el profesor Hernández Sánchez las victorias electorales del PSOE en Castilla y León tanto en las generales de 1982 como en las autonómicas de 1983 en el esquema explicativo planteado y defendido en este libro.

Hernando de Larramendi, Miguel, Mañe Estarada, Aurelia (eds), *La política exterior española hacia el Magreb, actores e intereses*. Barcelona, Ariel ciencia política, 2009, 273 pp.

Por Miguel Ángel González Claros.
(Universidad de Cádiz)

“La política exterior española hacia el Magreb. Actores e intereses” analiza a través de una serie de autores, concedores y participantes de dicha política regional, la dinámica desarrollada por España en el norte de África, presentándonos un estudio sistemático donde se plasman las transformaciones producidas en los protagonistas e intereses de dicha política, los cambios experimentados especialmente desde la adhesión a la Comunidad Europea y se recogen, como consecuencia de la globalización, una multiplicación de actores, económicos, sociales, políticos, tanto gubernamentales como no gubernamentales que actúan en la zona.

Como bien se nos indica en el prólogo el libro se estructura en tres bloques. En el primero se nos muestra un análisis de la toma de decisiones en política exterior y una descripción de dicha